

MULA

Se publica los Domingos

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PEDRIÑÁN, 7

EL AMANECEER

CON CENSURA ECLESIASTICA

ADMINISTRADOR
GINES I. DEL CASTILLOPRECIO DE SUSCRIPCIÓN
En toda España, 50 céntimos al mesDIRECTOR
RAFAEL MORENO GARCIA

— No se devuelven los originales —

REDACTOR-JEFE
MARTÍN PEREA ROMERO

Anuncios y Esquelas a precios convencionales

Nuestro ferrocarril

El inteligente Ingeniero
Don Manuel Bellido y
González, en Mula.

Ya en nuestro número anterior dimos noticia exacta del avance realizado en las obras del ferrocarril Mula Murcia, a la vez que de otros asuntos verdaderamente benéficos para nuestro pueblo.

Es verdad, que cuanto teníamos que decir sobre este particular, ya lo dejamos dicho en nuestro artículo intitulado «Sobre el ferrocarril», pero, si hemos de proceder con exactitud, ¿cómo no dejar ahora de dar la feliz noticia de que el 4 del actual llegó a ésta el competente Ingeniero don Manuel Bellido acompañado de nuestro ilustre paisano don Juan Antonio Perea para hacer el estudio definitivo de tan importante obra?... Este es nuestro único propósito al hablar del ferrocarril: poner en conocimiento de nuestros lectores tal noticia, como así lo hacemos.

Don Manuel Bellido, el modelo de Ingenieros eminentes, está entre nosotros; y está entre nosotros, diciéndonos con la potente voz de sus trabajos—¡por aquí, muleños, va a pasar el ferrocarril; en este punto, estará La Estación, en este otro, un Apeadero; allí, una explanada para que vengan fácilmente los carruajes a «La Estación»... si no lo dudéis; muy en breve, vendremos a inaugurar las obras, y a dar un viva en tan memorable fecha a vuestro Excelentísimo Diputado; ésto es un hecho!...

Y si tal nos dice la voz de la esperanza representada en esta ocasión por los trabajos del señor Bellido, ¿qué pensamientos debemos abrigar nosotros, los hijos de la noble ciudad del Niño? ¡Pensemos como se debe pensar, y dejemos las ideas partidistas para otras ocasiones!

ENSAYOS LITERARIOS

La Princesa de los rubios cabellos

A mi amigo C. Belda en
prueba de buena amistad.

Amigo Cristobal: Tal vez te extrañará la manera de empezar mi cuento en el que voy a contar un episodio de un amigo a quien tu conoces; pero... de alguna manera hemos de empezar. En este cuento no encontrarás emociones, porque carece de ellas; ahora bien todo lo que aquí lees no lo achaque a mi cerebro desequilibrado; todo es verídico desde el principio al final. Espero de ti que, como amigo, lo acojas con buenos ojos. Y vamos con el cuento.

Un artista—pintor como tu, amigo Belda—habíase enamorado locamente de una figura espiritual que su fantasía había creado. Era-se ésta, una princesita bella, triste y soñadora como la de Ruben Da-

rio. Sus cabellos eran rubios como el sazonado trigo; sus ojos... no puedo decirte como eran sus ojos, puesto que los tenía cerrados; pero, a juzgar por el conjunto, debían ser hermosos; labios... no, amigo Belda, no frunzas el entrecejo, no lo frunzas que no voy a decirte que eran cual los de una sangrienta herida, ni rojos como el coral; solo te diré que eran bellos; dientes... ¿pero por qué te pones serio? si no te voy a decir que eran bellas perlas. no; te diré solo que eran bonitos, puestos simétricamente formando dos lindas filas; y su garganta era hermosa, sencillamente hermosa.

Creo haberte hecho el retrato de la princesa conforme con el protagonista de este cuento, pues no le gustaban las metáforas.

Prosigamos el interrumpido cuento, no sin antes decirte que mi héroe, como habrás comprendido, era también soñador.

Pasábase las horas el sentimental artista sentado delante del cuadro, extasiado en su contempla-

ción, sin darse cuenta de la realidad.

Apenas comía. Iba decayendo, y él no se daba cuenta, más que de amar a su princesa. Y es que el verdadero amor, que es el único que puede llamarse amor, no toca al corazón más que una vez.

Corría a la sazón el mes de Julio.

Tuvo que ir nuestro hombre una tarde por un tubo de pintura para retocar ciertos pormenores del vestido de su princesa, y para ello pasó por una calle en la que en un balcón había asomada una mujer. Alzó los ojos el sentimental pintor y cual no sería su estupefacción al ver aquella belleza. Era ella, si, su Princesa, pero más bella, más hermosa. El sol que recibía de espaldas al reflejarse en sus rubios cabellos asemejaba una aureola de oro al redor de su cara hechicera y sugestiva; un vestido de gasa blanca adornaba su gentil talle.

Quedóse extasiado mirándola, evocando a su princesa. Notólo la bella y cual gacela fugitiva entróse del balcón como un ángel por las puertas del cielo.

Un sentimiento que no sabía definir si era de alegría o de tristeza, se apoderó del mozo. Tenía ganas de llorar... de reír...

Esperó un rato por si salía la bella, pero no salió más...

**

Llegó el enamorado artista a su estudio y se puso a mirar a su Princesa; parecióle que le sonreía, con una sonrisa entre fría e irónica—seguramente era la sonrisa producto de su imaginación enfermiza como la de D. Quijote.

Pasaba el pintor a la misma hora todas las tardes por delante del balcón en que viera a su ideal, con la esperanza de volverla a ver: esperanza que se desvanecía a la hora de estar allí parado. Esto tenía a nuestro hombre poco menos que desesperado, hasta que una tarde...

La vió en el balcón con un hombre (su marido); besábale él

FLORES

Mira que almendro blanco, blanco y semiazulado, en cuyas ramas la nieve pintoresca y fría a los albores lúcidos del sereno día dijéramos que puso su manto immaculado.

Esas flores, que adorno le dan como pintado, son, créeme, cual en nosotros el amor. Lucía: nacen.... son pompa, gala, perfume y alegría del campo ceniciento, del carmen adornado,

y como el amor, también misterio, gala pompa y perfume de las almas, duran un instante en la esfera de la vida... Suena pues, la trompa

que anuncia tempestad, y las troncha el aquilón; traiciona sin razones un amante a su amante, y otro aquilón, troncha las flores del corazón.

MARTÍN PEREA.